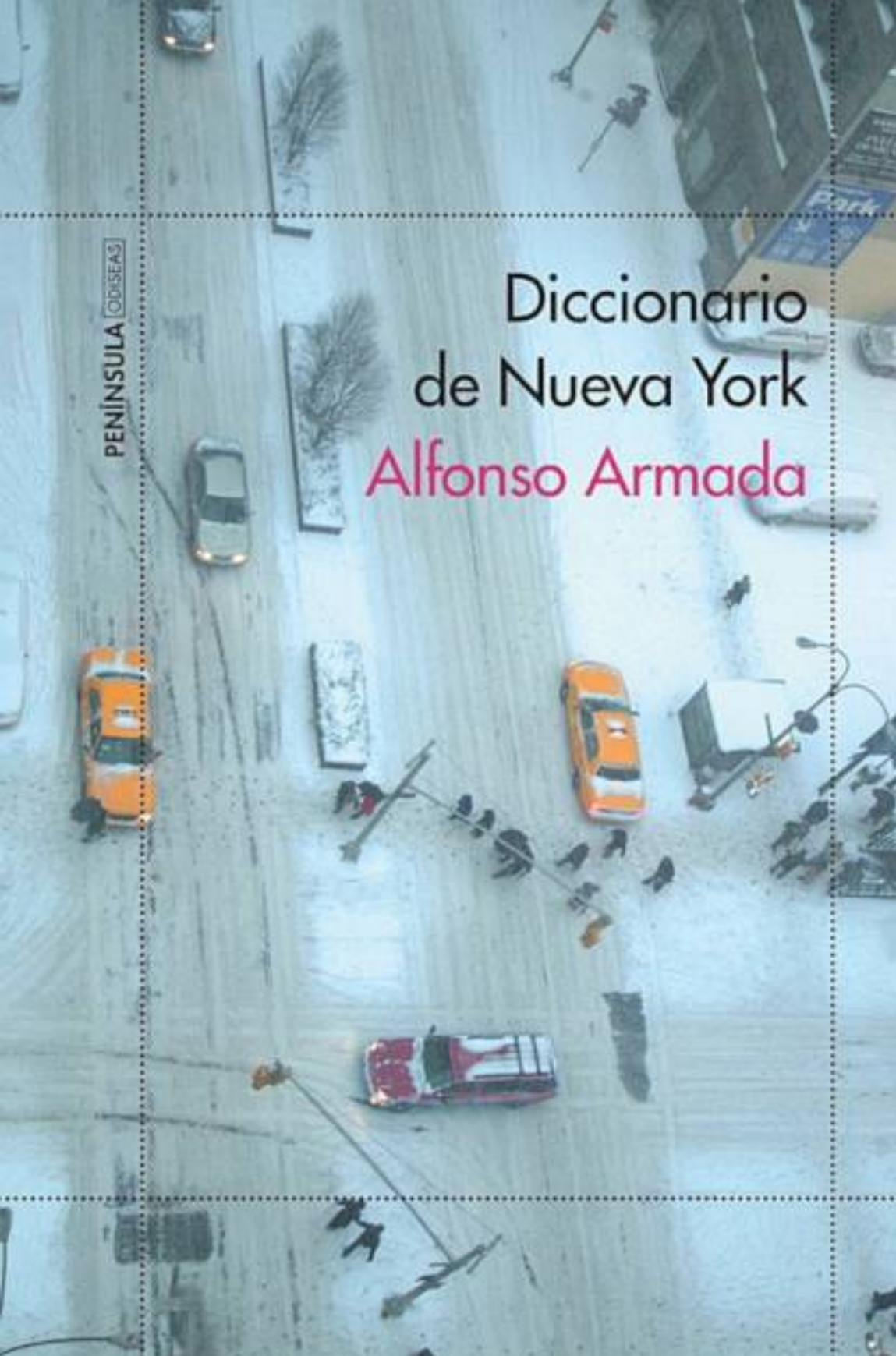


PENÍNSULA [ODI-SEAS]

An aerial photograph of a city street covered in snow. Several cars are visible, including two bright orange taxis and a red car. Pedestrians are walking across the snow. The scene is captured from a high angle, showing the layout of the street and the surrounding urban environment.

# Diccionario de Nueva York

Alfonso Armada

# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

PRIMERA PARTE. VISIÓN DE UN CIEGO

SEGUNDA PARTE. TOPOGRAFÍAS

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

R  
S  
T  
U  
V  
W  
Z

TERCERA PARTE. CINCO CRÓNICAS  
EL FIN DEL MUNDO EN DIRECTO  
ARTE EN TIEMPOS DE PENUMBRA  
EL ABISMO DEL FUTURO  
EL MISTERIO DEL TREN A(ZUL)  
EXPRESIONISMO PARA UN MUNDO DESPEDAZADO

CODA. EL VACÍO DEL FUTURO

BIBLIOGRAFÍA  
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Guía de viajes, libro de aventuras, análisis de una ciudad y sus gentes, estudio del paisaje urbano y de la frenética actividad que en ella se desarrolla, este Diccionario de Nueva York de Alfonso Armada está destinado a convertirse en obligada referencia para todos aquellos que quieran conocer, por dentro, con todos los matices necesarios, esta importante capital mundial. En este texto se cruzan personas y personajes, historias e Historia, escritores y políticos, referencias literarias y arquitectónicas, prosa y poesía. El resultado es un paseo por Nueva York como nunca lo habíamos hecho. Un recorrido que, a medida que avanza, se convierte en parte de nosotros mismos.

*Este mapa topográfico está dedicado a  
Corina, Ana María y Cristina,  
Carmen, Lía e Isaías,  
Thomas, Eduardo y José Luis,  
Ahmed y Amani, Pepe y Ángela,  
Laura, Clara y Tamara, Olivia,  
Kay y Jim, Vico y Leiro, Adela y  
Miguel, Gema y Michael, Gonzalo  
y Luis, Ángel y Marlena,  
Susy y Miss G-M*

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

UNA CIUDAD A LA QUE EN REALIDAD  
NO QUISIERA VOLVER,  
PERO A LA QUE SIN DUDA VOLVERÉ

**Volver no.** Cuando me lo preguntan suelo decir que no, que no añoro Nueva York, que estuvo bien mientras duró (casi siete años de vida y corresponsalía de un diario), pero que al final (y eso que no había llegado la era de internet a todo vapor, atizado por las redes sociales y la necesidad de estar día y noche agitando el avispero ciberespacial) era casi una pesadilla. Y no solo por la necesidad inherente a la vida periodística de dar cuenta a diario de las noticias que avalan la inminencia del fin del mundo, sino por el eterno retorno de lo mismo que el vicio de la novedad (de la noticia) lleva inscrito en su lomo como el toro de lidia, que sabe que su destino es la plaza, y que la muerte (eso dicen los taurinos) será su gloria. Alguna vez, pensando en Henry Roth, pero también en Herman Melville, Walt Whitman, David Foster Wallace, Paul Auster, James Salter, Bruno Schulz, Robert Walser, Franz Kafka, Fernando Pessoa, Joseph Mitchell, James Agee, Simone Weil, E. B. White o Azorín, me imaginé en una covachuela de Astoria, de vuelta, viejo, solo, enfrascado en la escritura de una historia oral de la humani-

dad, como el amigo de Joseph Mitchell, o en la novela definitiva sobre la posverdad y sus secuelas en el conocimiento de los hechos y la muerte del periodismo.

**The High Lane**, torres más altas que las derribadas y otras amenidades. Paseando en más de una ocasión, en raras tardes ociosas de verano o bajo la nieve y el frío más hirientes, por las calles que desembocan en el Hudson, en el barrio de Chelsea, entre el Distrito de la Carne y la calle 34, contemplaba las viejas vías del ferrocarril elevado con el deseo de encaramarme a ese mirador sobre el pasado. Es la reconversión de la High Lane en un paseo elevado que cambia insospechadamente la perspectiva que teníamos de Manhattan una de las innovaciones cívicas y arquitectónicas más admirables y celebradas de esta ciudad que ha hecho de la máscara y la renovación constante una identidad. Del mismo modo que la Torre de la Libertad, también conocida como el One World Trade Center, se ha levantado como muestra de resiliencia, pero también de desafío, a quienes derribaron el viejo World Trade Center, y se ha convertido en el rascacielos más alto del hemisferio occidental y (de momento) en el sexto más alto del mundo, las piscinas negras que ocupan los perímetros en los que se alzaban los dos edificios iguales son un recordatorio de lo que ocurrió aquella mañana del 11 de septiembre de 2001. Volver a Manhattan es también volver allí. Al lugar de los hechos. Para recordar a los muertos y recordar el crimen. Pero también para hacer examen, sobre todo de la reconstrucción, pero también de la justicia y de la venganza.

**La imposible actualización o la *Enciclopedia Británica* y la *Wikipedia*.** Ejercicio para la imaginación. Notas de viaje. Lo que esperaba, lo que encontró. Olvídense por unas horas del teléfono móvil, de la tableta. Camine con todos los sen-



tidos abiertos, un cuaderno y lápices de colores. Atrévase a volver a dibujar. Se quedará asombrado de cómo vemos cuando nos entretenemos en ver. Déjese llevar por el corazón atómico de las avenidas y las calles.

**Trump.** Y lo que propone Timothy Snyder. Recupero el arranque de un artículo que publiqué en la revista digital *fronterad* en febrero de 2016, titulado «La cuarta puerta. La niebla moral de Europa ante los refugiados», cuando nadie podía ni siquiera imaginar que alguien como Donald Trump pudiera llegar algún día a la presidencia de Estados Unidos. Empezaba así:

Uno de los capítulos menos amargos de *Tierra negra. El Holocausto como historia y advertencia* (Galaxia Gutenberg), el estremeedor libro de Timothy Snyder (Ohio, Estados Unidos, 1969), se titula «Los pocos justos». Allí cuenta la historia de Ita Straz. Tenía 19 años cuando fue arrastrada por policías lituanos hasta el borde de una fosa común en el bosque de Ponary. Relata Snyder que había oído los disparos y ahora podía ver las filas de cadáveres: «Este es el final —pensó. ¿Y qué he visto yo en la vida?». Desnuda, las balas le pasaban junto a la cabeza y el cuerpo. Apoyándose en el testimonio de Tomkiewicz en *Zbrodnia w Ponarach*, relata el historiador norteamericano que ya trató de las atrocidades cometidas por soviéticos y nazis en toda la franja que va de Ucrania a los Países Bálticos en su anterior libro, *Tierras de sangre*: «Cayó recta y de espaldas, no por fingir que estaba muerta, tan sólo a causa del miedo. Se quedó inmóvil mientras los cuerpos le caían encima, uno detrás de otro. Cuando la fosa se llenó, alguien se subió sobre la última capa de cadáveres y disparó hacia abajo sobre los cuerpos amontonados. Una bala le atravesó la mano a Ita, que no emitió sonido alguno. Arrojaron tierra sobre la fosa. Esperó todo el tiempo que pudo y luego se abrió paso apartando cuerpos y escarbando en la tierra. Sin ropa, cubierta sólo de barro y de su propia sangre y la de los otros, buscó ayuda. Llegó hasta una primera casa, pero la rechazaron; después hasta una segunda y una tercera. En la cuarta obtuvo ayuda, y sobrevivió». Estas son las tres preguntas que en el siguiente párrafo se hace Timothy Snyder: «¿Quién vive en la cuarta casa? ¿Quién actúa sin el apoyo de las normas o las instituciones, sin representar a ningún gobierno ni ejército ni iglesia?»

¿Qué ocurre cuando los encuentros en la sombra, de judíos necesitados de ayuda con alguien con contactos en alguna institución, dan paso a meros encuentros entre desconocidos, a encuentros a ciegas?».

El pasado 15 de marzo, en una entrevista con Jan Martínez Ahrens, publicada en el diario *El País*, titulada «Ahora que la libertad está amenazada, ¿vamos a hacer algo?», a la pregunta de si ve semejanzas entre lo que ocurre hoy con los mexicanos y musulmanes en Estados Unidos y la Alemania de los años treinta, responde Snyder: «La situación es distinta con las víctimas, pero la situación es similar. Cuando Trump habla de musulmanes o inmigrantes, se acerca a la política que se practicó en Alemania en 1933. La idea básica es que no son tus vecinos, sino parte de una amenaza internacional. Para Trump la globalización no es un desafío objetivo, sino un enemigo exterior, una conspiración a la que ha puesto cara y que está en casa». Cuando el periodista le pide que describa al nuevo inquilino de la Casa Blanca, dice: «Cleptócrata y autoritario. No ha mostrado ninguna intención de separarse de sus intereses financieros. Y el sentido común nos alerta de que usará el Gobierno para enriquecerse más él mismo y su familia. No es nada nuevo. Ya lo hemos visto en el sistema ruso». En su último libro, *Sobre la tiranía*, ofrece veinte recomendaciones para liberarse de la opresión. Aunque podría parecer extraño que ocupen un espacio en un prólogo a un diccionario de Nueva York, tal vez sean útiles para un viaje a esta ciudad, a cualquier ciudad, pero también por algo más que luego diré: «No obedezcas por anticipado. Defiende las instituciones. Cuidado con el Estado del partido único. Asume tu responsabilidad por el mundo. Recuerda tu ética personal. Desconfía de las fuerzas paramilitares. Sé reflexivo si tienes que ir armado. Desmárcate del resto. Trata bien a nuestra lengua. Cree en la verdad. Investiga. Mira a los ojos y habla

de las cosas cotidianas. Sal a la calle. Consolida una vida privada. Contribuye a las buenas causas. Aprende de tus conocidos en otros países. Presta atención a las palabras peligrosas. Mantén la calma cuando ocurra lo impensable. Sé patriota. Sé todo lo valiente que puedas». Antes de que llegara Trump a la máxima magistratura de la todavía primera potencia de la Tierra, algunos amigos tontos (es decir, más tontos que amigos) se negaban a poner los pies en Nueva York, a viajar a Estados Unidos. Todos somos dueños de nuestros prejuicios. Y celosamente los alimentamos. Para que el espejo nos siga devolviendo una imagen favorable de nosotros mismos, de lo que nos gusta creer que somos, no solemos exponernos a hechos e ideas que pongan en duda nuestras convicciones, y solemos buscar argumentos que amparen nuestra ideología, nuestra cosmovisión, no dejen en entredicho lo que sabemos, o lo que creemos que sabemos. Por eso, como dijo Cervantes, «el andar en tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos». Del mismo modo que Nueva York no es Estados Unidos, la complejidad y diversidad de un tejido humano como el de la ciudad insomne, como el de Estados Unidos, hace que merezca la pena ir y perderse, ir y ver con los propios ojos, y ver de qué manera la conciencia política y las artes están floreciendo precisamente como reacción a un momento tan inquietante como extraordinario. Es decir, a pesar de todo, siempre hay motivos para ir y ver sabiendo lo que sabemos y olvidándolo para aprender a ver de nuevo.

**Mencken.** Por si las moscas, lo primero que he hecho ha sido comprobar que no figuraba en el índice onomástico de la primera edición de este *Diccionario*. Estaba casi seguro de que era así. Me había hecho con los dos preciosos volúmenes de *Prejuicios* en la edición de Library of America en

2010, cinco años después de haber abandonado Nueva York. Como recuerda la solapa, H. L. Mencken fue sin la menor duda el más provocativo e influyente periodista y crítico cultural en la América [léase, una vez más, Estados Unidos] del siglo XX. Los seis volúmenes originales de sus *Prejuicios*, publicados entre 1919 y 1927, representaron un feroz ataque a lo que Mencken consideraba el provincianismo y la hipocresía estadounidenses, pero también una abierta defensa de los pensadores y escritores dignos de admiración por su franqueza y madurez. Es precisamente en el segundo volumen donde encuentro, bajo el epígrafe *Metrópolis*, lo que buscaba. La metrópolis, como cabría sospechar, es la ciudad de Nueva York, para Mencken un «mecanismo de disipación tan vasto que ningún hombre puede sustraerse a él», y menos el escritor que trabaja a solas encerrado en su cuarto, porque todas las tentaciones de la calle llegarán a su mesa aunque cierre las ventanas a cal y canto, eche las cortinas y se tape los oídos «con chicle». Según este moralista irónico, la ciudad «centellea como la Constantinopla de los comnenios» [según la *Enciclopedia Británica*, familia bizantina originaria de Plafagonia, al norte de Anatolia, a orillas del mar Negro, que ocupó el trono de Constantinopla durante un siglo, entre 1081 y 1185], y «exuda tanta vida como el Bagdad de los sasánidas» [según la *Wikipedia*, nombre que recibió el segundo imperio persa durante su cuarta dinastía iraní (226-651), cuyos dominios se extendían por Irán, Irak, Armenia, Afganistán, parte de Turquía y Siria, además del norte de Pakistán, el Cáucaso, Asia Central y Arabia]. Aunque Nueva York «no es solo ladrillo y acero», sino que también atesora algunos corazones, no es para Mencken «una ciudad de ideas, sino de dinero», de tal modo que «una verdadera e incontestable opulencia envuelve toda la ciudad, incluso los suburbios». El «sabio de Baltimore» se pregunta si alguien «ha calculado en dinero contante

y sonante, el valor de las obras de arte almacenadas tan solo en la isla de Manhattan». Y como si la pregunta hubiera sobrevolado el Atlántico décadas después, de allí me trae un buen amigo el caudaloso ejemplar del *New York Times* correspondiente al domingo 26 de febrero de este año. En un suplemento llamado escuetamente «Riqueza» hay una prodigiosa infografía que ocupa una página entera del diario que sigue siendo de tamaño sábana. Como era de imaginar, la ciudad con más multimillonarios del mundo (la friolera de 97, seguida por Hong Kong, con 79) es Nueva York. «Esto no puede durar», vaticinó Mencken hace cien años. Las Torres Gemelas no habían siquiera sido soñadas, ni mucho menos levantadas, ni desde luego derribadas con aviones de pasajeros convertidos en devastadores misiles cebados con civiles inocentes y queroseno.

**Pepe, Jim, Isaías, Carmen, Thomas y otras añoranzas.** Como el *New York Times* todas las mañanas en el felpudo. La inexorable nos los ha ido arrebatando. No son solo bosques llenos de vida y de memoria, figuras irremplazables en sí mismas y en el organigrama de nuestra alma, edificios como árboles con estancias que nunca acababas de visitar, tiempo que se llenó de tanto sentido que a menudo tenías que lavarte la cara con agua fría para darte cuenta de que esa amistad, esos descubrimientos tardíos propiciados por la suerte que imanta las afinidades electivas, era real, aleación tan insólita y preciosa que cuajó con José Sobrino, James Salter, Isaías Lerner, Carmen de Zulueta o Thomas Mermall. Todos ellos figuraban (salvo, e inexplicablemente, el húngaro que se salvó de los nazis y llegó a Nueva York vía Santiago de Chile y Chicago, y una fascinación por todo lo español, desde Ortega y Gasset a José Jiménez Lozano: querido Thomas) no solo en la dedicatoria sino también en el caudal minucioso de sus páginas. Todos estaban también

entonces en este mundo (salvo Pepe, que «tras un incidente no menor llamado muerte», se fue de viaje el 3 de julio de 2009), que ahora se ha inevitablemente empequeñecido. Sirva este diccionario como una forma de traerles de vuelta, de hacerles la pequeña justicia que es recordarles. Como las ciudades son sobre todo las personas que conocemos en ellas, que nos franquearán la entrada por muy intempestiva y a deshora que sea nuestra aparición, su ausencia de Nueva York hace que añore menos la ciudad que tanto me exigió, a quien tanto (sin tasa y con entusiasmo) di, y que tanto (a su manera, que aquí el arqueo es raro, pese a Wall Street y sus afluentes) me dio. Ahora me solazo con la edición internacional del *New York Times*, que no es lo mismo, aunque lo sigo leyendo en papel, porque me sigue gustando recortar sus más preciosas fotografías, como sigo leyendo (también en papel, porque la memoria se alimenta mucho mejor así, y el mundo parece más real) el *New Yorker* y el *New York Review of Books* (que acaba de perder, hace nada, a su hacedor, Bob Silvers, quien en su primer número, el 1 de febrero de 1963 —como recordaba Luis Gago en una hermosa necrológica en *Babelia*— puso «las cartas sobre la mesa», es decir, que la nueva revista «no malgastaría su tiempo ocupándose de libros triviales en sus intenciones o venales en sus efectos, excepto de manera ocasional a fin de reducir una reputación inflada temporalmente o de llamar la atención sobre un fraude»). Más evidencias de por qué no quiero volver, o de por qué ya no necesito volver. Porque estas son tres ventanas sobre algo de lo mejor que amasan las mentes más curiosas de Nueva York.

**Carnet de viaje.** Pensaba que había abierto una carpeta con recortes e ideas por si algún día había una segunda edición de este libro. Pero o nunca la abrí, o solo fue una intención

que se quedó en eso. En el deseo de actualizar un libro que, como la memoria oral de la humanidad, no se puede completar nunca.

**Adiós a Harlem.** Podría haber abierto en canal el libro, y volverlo a escribir, añadir nuevas entradas, ampliar las existentes. No hay que olvidar que en realidad este *Diccionario de Nueva York* no era más que el apéndice de un ambicioso, desmesurado, ensayo (o algo así) titulado *Nueva York, el deseo y la quimera*, envenenado desde el inicio por la propuesta de su inductor, Arcadi Espada, que me pidió que escribiera «un libro de verdad sobre la verdad». Pero Espasa Calpe, que fue quien lo editó, pensó que hubiera sido un mamotreto imposible de vender. No fue un mamotreto y, me temo, no se vendió bien. Pero me pierdo, quizá porque la esencia de un diccionario es esa: entrar buscando un hilo de Ariadna y salir al cabo de un tiempo con una madeja de asuntos, tramas y conocimientos inesperados que no sabíamos que nos iban a interesar. Gracias a una necesaria reedición de *La guerra según Simone Weil*, de mi amiga Maite Larrauri, que *fronterad* ha sacado a la luz dentro de su colección *Filosofía para profanos*, leo por fin *Simone Weil, tal como nosotros la conocimos*, de Joseph-Marie Perrin y Gustave Thibon. Y allí encuentro las palabras con las que quería entregar esta segunda edición del *Diccionario de Nueva York* a sus hipotéticos lectores: «Con todo, su amor por los desheredados no la abandonó. “Exploro Harlem”, le escribía a uno de sus amigos, “voy todos los domingos a una iglesia baptista de Harlem donde salvo yo, no se ve ningún blanco”. Establecía contacto con chicas de color, las invitaba a su casa, y aquel mismo amigo que la conocía tan bien me decía: “¡Es seguro que, si Simone se hubiera quedado en Nueva York, se habría hecho negra!”». De nuevo por si las moscas, y aprovechando el siempre útil